

Un consejo genial

La invitación de Raúl me excitó en extremo. Nos esperaba en su casa a mí, a Tito y Eduardo. Entre nosotros cuatro se había desarrollado una amistad estrecha iniciando el tercer año de humanidades en el Liceo Valentín Letelier en Santiago.

El motivo del malón era de suma importancia: había comprado un Long Play de Los Beatles y nos sentimos obligados a presentarnos con algún regalo costoso. Hicimos una “vaca” y con el dinero recolectado compramos en una botillería clandestina una botella de Whisky, del mejor.

Al llegar a su casa en calle Carmen, Raúl nos esperaba con el tocadiscos preparado para escuchar la novedad musical del momento. Una mesita de centro lucía llena de canapés y bebidas Cola. También se encontraban presentas tres lindas chiquillas sentadas en el sillón de tres cuerpos del living. Nos recibieron con discretas sonrisas.

La botella de Whisky duró menos del tiempo empleado en escuchar embelesados las baladas de la banda inglesa, cuya popularidad en nuestro país iba en aumento. A continuación cambió la música y el ritmo del rock and roll invitó a buscar pareja para bailar.

No quise ser el primero en salir al centro de la sala ya despejada de mesa y sillas. Eso me daría una idea de cuál de las niñas bailaba mejor. Un eximio bailarín como yo no haría el ridículo con una novata. El caso fue que sí había una experta en rock and roll: Gladys.

La fiesta no duró más allá de las diez de la noche. Una razón fue que llegó el papá de Raúl y nos echó a todos para afuera y la otra era que el lunes tendríamos prueba de castellano.

Aquel recordatorio me amargó la feliz velada. El libro sobre el cual se basaría el examen yacía sobre mi velador sin leer. Ni siquiera recordaba el título. Odiaba la lectura.

Obviamente me fue pésimo. Argumenté que había estado enfermo con fiebre alta y rogué por una segunda oportunidad, tal vez una semana más. “Dos días. Ni uno más” dijo nuestro profesor en un alarde de clemencia.

Estaba en problemas. ¿Quién sería capaz de leer un libro de 350 páginas en dos días? Pensé en pedir ayuda a mi hermano mayor que ya había rendido el Bachillerato y cursaba el primer año en la Universidad de Chile. Le imploré que me diera un resumen del dichoso libro o al menos me contara de qué se trataba.

—No tengo tiempo, flaco. ¿Por qué no te pones a leerlo, flojo?

—Carlos, te prometo relevarte de tu obligación de lavar los platos por una semana —intenté con aquel desesperado ofrecimiento.

—¿Por qué no vas a casa de don Lucho? Recuerda que después de que jubiló no hace más que leer libros.

Quedé muy resentido con mi hermano por su duro corazón.

El sábado por la mañana me levanté temprano a darle solución a mi problema. Salí al patio y me instalé bajo un ciruelo, libro en mano. En la segunda página me quedé dormido.

Al mediodía el llamado de mamá para almorzar me despertó. No pude saborear el postre debido a que sudaba copiosamente y respiraba con dificultad.

—¿Qué te pasa, Armando? ¿Estás enfermo? Parece que la fiestecita de ayer te puso mal. Te he dicho que no me gustan esas amistades tuyas y esa música escandalosa que escuchan.

—No pasa nada, mamá. A propósito de horror, te quería pedir permiso para visitar a don Luis, donde la señora Rebeca.

—¿Mi amiga Rebeca? y ¿para qué?

—En realidad necesito conversar con don Lucho.

—Humm, bueno. Anda, pero no vuelvas tarde.

Respiré profundo y agradecí que no insistiera en averiguar más. Sin embargo antes de salir del comedor murmuró: “Creí que este caballero te caía mal”.

Mamá había dado en el clavo. No soportaba sus aires de “sabelotodo”. No es que me cayera mal, más bien lo envidiaba. Él gozaba de una buena jubilación y disponía del tiempo a su antojo. En cambio yo era esclavo del Liceo y de la exigencia social de tener polola.

Decidí entonces abordar estos problemas uno por uno. Lo primero sería conseguir del viejito un resumen del libro y luego pensaría en cómo acercarme a Gladys.

Don Luis vivía cerca y su casa se ubicaba en un cité de la calle Gálvez.

Me recibió la señora Rebeca con grandes muestras de cariño y a continuación llamó a gritos a su marido. La casa entera olía a tabaco y ropa sucia.

Nos saludamos con un apretón de manos y sin mayores preámbulos le conté mi problema. La solución ofrecida me dejó atónito.

—¿Cuál es el libro? —preguntó.

Después de leer el título y el autor agregó:

—Este libro no te aportará nada. Le vas a proponer a tu profesor que mantenga la mala calificación que merecías por flojo, pero —pausó— a cambio te comprometes a leer este otro para una segunda calificación.

Dicho esto, se dirigió a un estante de pared a pared llena de libros y escogió uno. Agarré el libro de mala gana y le quedé mirando. No entendía nada. Don Luis me observó a través de los gruesos cristales de sus lentes redondos. Su calva cabeza parecía brillar. “Anda, léelo, no te vas a arrepentir” concluyó a modo de despedida.

Ya en casa, me refugié en mi dormitorio y leí el título: El filo de la navaja de Somerset Maugham. Pensé que se trataría tal vez de una historia de vaqueros, con pieles rojas, cowboys y todo eso. De modo que inicié la lectura.

Nunca me creí capaz de leer un libro de tapa a tapa. Pero así fue. Me fascinó la historia de Larry, un americano veterano de la primera guerra mundial que mira atrás y no se ve asimismo, que necesita encontrarle un sentido a la vida emprendiendo un viaje por Paris, la India y el Tíbet. Me cautivó. Pasaba y pasaba páginas sin parar sintiéndome identificado.

A la semana siguiente enfrenté a mi profesor de castellano y le propuse lo recomendado por don Lucho. De modo que a la nota uno de la primera prueba le sumó un siete de la segunda. Loco de alegría fui corriendo a visitar al viejo chico de don Luis.

—Don Luis, me salvé gracias a usted.

Fue el inicio de una amistad. Aquel verano leí diez libros que fue sacando de su rica biblioteca conforme los iba leyendo y comentando con mi benefactor, acompañados de varias tazas de té con galletas. Encontré esa libertad que nos

dan los libros y que nos hacen a todos iguales. Me convertí en un gran lector gracias a sus consejos.

Al año siguiente, mi amigo falleció de un infarto. Recuerdo que me había confidenciado que estaba escribiendo un libro. Ignoro si fue publicado.

Ese verano también inicié un romance con Gladys, la que una vez que terminé la universidad llegó a ser mi esposa.